

D-351

R.37

# CUENTOS CICLISTAS

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16

B  
es  
627

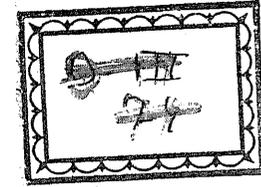
D-351

|        |   |
|--------|---|
| S.     | A |
| E.     | 6 |
| N.     |   |
| R. 370 |   |

# CUENTOS CICLISTAS

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| CASA DE LA MUNICIPALIDAD REAL |     |
| GRANADA                       |     |
| NUM.                          | B   |
| EDICION                       | 28  |
|                               | 627 |

# Cuentos



# Ciclistas

POR

## Manuel Corral y Mairá

*Vice-Cónsul de la Unión Velocipédica Española.—Redactor  
y colaborador de*

*La Correspondencia de España y La Última Moda,*

*El Veloz-Sport, Barcelona Cómica,*

*La Correspondencia Militar y La Correspondencia Alicantina*

|                          |        |
|--------------------------|--------|
| BIBLIOTECA UNIVERSITARIA |        |
| GRANADA                  |        |
| N.º Documento            | 85719  |
| N.º Copia                | 887597 |



MADRID:  
Librería de FERNANDO FE  
Carrera de San Jerónimo, número 2



Al Sr. D. Enrique Bayeta

Médico-Principal-Jefe del Servicio de Sanidad de la  
Compañía ferroviaria de Madrid á Zaragoza  
y á Alicante.

*Mi querido padrino: Lo poco que soy y valgo, lo debo en su mayor parte á V., y por esto mi gratitud ha sido, es y será eterna.*

*Xo no olvidaré jamás que es V. para mí, mi segundo padre y como á tal lo venero y respeto, y hoy que se me presenta ocasión de demostrarle mi afecto públicamente, hágolo con asáz contentamiento, al par que con el mayor placer me permito dedicarle esta obra, confeccionada en los pocos ratos que me deja de vagar, el cargo profesional que ejerzo y cuya adquisición también debo á V.*

*Dignese, pues, querido padrino, aceptar esta dedicatoria como emblema del inmenso cariño, veneración y respeto, que siempre le ha profesado, le profesa y le profesará su ahijado*

*Manuel Corral y Mairá*



## À guisa de prólogo



**P**oco he de molestar en este prohemio al que tenga la humorada de ojearlo antes que los cuentos que le siguen.

Yo soy enemigo de los prólogos porque parecen así como esos charlatanes que pregonan su mercancía al comprador antes de mostrarla.

Creo que el autor de un libro si hace prólogo, en él, no debe hacer de su obra *auto-elogios*, ni debe tampoco execrarla con hipócrita modestia.

El prólogo sirve, en mi concepto, para explicar al lector lo que luego ha de leer y semejante molestia la conceptúo inútil, vale más que se le

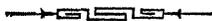
deje que lea el primer capítulo, que si le gusta continuará leyendo hasta el fin y si no es de su agrado bien pronto abandonará el libro para no volverlo á *hojear* ni *ojear*.

Así pues, yo solo diré aquí que mi libro es una colección de cuentos ciclistas, que es el primero de esta índole que se publica en España, y que principalmente lo dedico á todos los velocipedistas españoles, á quienes estoy altamente reconocido, pues que casi han agotado la numerosa edición que publiqué de mi obra *Higiene Velocipédica*.

¡Ojalá ocurra lo mismo con ésta!

Y como este prólogo vá resultando largo, justo es que enseguida ponga el punto final

*El Autor*



## *El Noveno Mandamiento*

*(Recuerdos de un viaje á Sevilla)*

**H**ABÍA yo recibido una cariñosa carta de mis amigos los velocipedistas de Sevilla, en la que me invitaban para que fuese á la hermosa ciudad del Bétis, á formar parte del Jurado en unas carreras de ciclos que allí habían de celebrarse.

Accedí de buen grado á tan galante invitación, y una noche, á las ocho y cuarenta y cinco, salía yo de Madrid con dirección á Sevilla, ocupan-

do un compartimiento de primera clase y reservado en el tren correo de Andalucía, llevando en el furgón de cola, mi consabida neumática, que íntimamente se unió á otra bicicleta de señora que también iba recostada en uno de los lados del furgón.

No dejó de excitar al pronto mi curiosidad el ver allí una bicicleta de señora. ¿Tendría dueña?—¿Iría en el mismo tren en caso afirmativo?—Estas preguntas me hice, pero determiné no procurarme contestación y arrellenéme en mi compartimiento todo lo más cómodo que pude.

El tren correo, atravesó rápidamente la distancia kilométrica que separa á Madrid de Aranjuez: yo tumbado á la larga sobre los asientos de mi coche, miraba á través de las ventanillas, el pálido paisaje, iluminado por la luna en pleno disco. Llegó el

tren á Aranjuez y el revisor que sabía que yo era médico, entró apresuradamente en mi coche y me rogó me trasladase con urgencia al compartimiento reservado de señoras en donde había una viajera, la única que ocupaba el reservado, atacada de una fuerte convulsión; ruego al que yo accedí enseguida en aras de mis sentimientos humanitarios.

Apresuradamente, me trasladé al referido coche reservado de señoras y allí sobre los mullidos asientos, retorcíase presa de un ataque epiléptico, una señora elegantemente ataviada.

Era preciso prestar los auxilios de la ciencia; hacía falta allí, agua y ether; y el revisor, aprovechando los cinco minutos de parada, me trajo del furgon de cabeza del tren, el bien surtido botiquín de que van provistos todos los trenes de viajeros.

Salió el tren de la estación y el revisor y yo nos quedamos con la paciente, la cual, gracias á mis auxilios, pudo recobrar el sentido antes de llegar á Castillejo.

Mi inesperada enferma, era una mujer joven y hermosísima, de precioso rostro, de ojos negros y grandes, de esculturales formas y de aspecto elegante y distinguido.

Una marquesa, pensé yo, pero una marquesita que me había impresionado por su extraordinaria belleza.

Luisa, que así se llamaba aquella deidad, una vez que se dió cuenta de lo ocurrido y de mis solícitos cuidados, me miró con dulzura y dióme las gracias con un fuerte apretón de manos.

Entonces llegó el tren á Castillejo, y allí rogué á la viajera que viniese á mi compartimiento, en donde yo

podría acompañarla y prestarle nuevos auxilios en el caso de que se repitiera el ataque nervioso.

Ella dudó un momento, pero al cabo de él, accedió á mi ruego, que agradecía por mi buena y noble intención, y así sucedió que cuando el tren partía de Castillejo, la viajera y yo nos encontrábamos solos en mi reservado.

¡Qué acontecimiento más feliz, y qué viaje más delicioso hice con aquella divinidad!

Según el tren iba avanzando en su rápida marcha, aquella mujer iba mostrándome su simpatía y llegó á contarme la causa de aquel *bendecido* ataque epiléptico, motivo de nuestro conocimiento.

Era una criatura tan desgraciada como bonita; hacía cinco meses que se había casado á disgusto suyo, con un joven de buena posición á quien

no quería, á quien no podía querer, por disparidad de caracteres.

La boda fué hechura de sus padres, y la pobre muchacha se unió á aquel hombre por obedecer el mandato paternal, aun cuándo con él sabía que labraba su desdicha.

Su esposo era abogado y comerciante en alta escala, y aunque muy rico, ella hubiera preferido unirse á un muchacho médico que fué su única ilusión y su primer amor.

La historia de aquella pobre mujer me iba interesando de un modo tal, que su desdicha me hacía al par aumentar mi simpatía.

Yo traté de consolarla en lo que pude recomendándole resignación en su infortunio, pero al ver brotar las lágrimas de sus hermosos ojos, sentí que también los míos, á mi pesar, se preñaban de *ese líquido secretorio de*

*las penas*, y hube de ocultarme para disimular mi mal reprimido llanto.

Y es que el sér que siente y tiene un corazón sensible, no puede ocultar sus impulsos que se manifiestan con las lágrimas, en contra de la voluntad del sugeto, sin tener para nada en cuenta ni sexos ni edades.

Luisa miróme fijamente: sus ojos escudriñaron á los míos, y al ver que yo lloraba con ella su desdicha, se acercó más á mí, dibujó una encantadora sonrisa, más encantadora aún por ser iniciada al fin de su llanto, y asiéndome fuertemente una mano, me dijo:

—Que bueno es usted doctor; debe usted tener un corazón de oro.

Yo no supe como disculparme; traté de hacerlo, pero solo conseguí lanzarle un tropel de galanterías, encaminadas á demostrarle que me había

enloquecido tanto por sus encantos físicos como por sus penas.

En una palabra; yo me había enamorado de aquella criatura y tuve la osadía inconsciente de hacérselo saber sin faltar empero á los más escrupulosos límites de la caballeridad.

Ella, no supo que contestarme: primero bajó ruborosamente su artística cabecita; luego me miró con dulzura, y después... después me declaró tímida y temblorosa que también yo le había sido muy simpático y que también me quería... como á un hermano.

Aquello era una conquista lograda; pero una conquista inconsciente, obtenida á mi pesar y hechura solo de las simpatías mútuas de verdaderas vibraciones psico-físicas, nacidas entre ella y yo, sin darnos cuenta.

Lo cierto es que desde entonces

nuestras miradas se confundían, nuestras manos iban fuertemente entrelazadas y nuestros alientos casi se amalgamaban, y así, sin hablarnos, como si un éxtasis sobrehumano se hubiese apoderado de nosotros por sugestión hipnótica, permanecimos mucho tiempo y así hubiéramos permanecido aún mas si el estridente ruido de las plataformas de la vía y una parada en seco del tren, no se hubieran entrometido en nuestro mútuo paroxismo. El tren había llegado á una estación grande.

Un mozo de ella, con voz atenorada, apenas el tren paró, dijo lo siguiente.

—*Alcaaaazar, cuarenta minutos de parada... fonda.*

Y seguidamente otra voz mas apolichinada que la del mozo nos endilgó la siguiente peroración: *Tortas*

*de Alcázar; cajitas de almendras superiores; frasquitos de anís del mono con su vasito.*

Quien haya viajado por las líneas de Andalucía, Valencia y Cartagena, al llegar á la estación de Alcázar de San Juan, habrá oído seguramente las voces de estos dos *funcionarios* y por muy dormido que haya ido, seguramente que habrá despertado.

Luisa y yo, nos dimos entonces cuenta de nuestro éxtasis, bajamos del coche y entramos en la elegante y bien surtida fonda de la estación de Alcázar; tomamos un chocolate cada uno con su correspondiente torta y volvimos á mi coche.

Invité á Luisa para que descansara pero me contestó que no tenía sueño y que prefería hablar conmigo, contarme sus cuitas, desahogar su corazón; y yo, que por mi parte deseaba

lo mismo, acogí gozoso su propuesta.

Entonces supe que la pobre muchacha hacía tres meses sufría con frecuencia de ataques hístico-epilépticos, motivados por las tristuras de la vida de casada, y por un principio de anémia que se había apoderado de su hermoso organismo.

Su médico de Madrid la había dispuesto un acertado plan medicamentoso é higiénico, aconsejándole mucho ejercicio al aire libre en bicicleta, y entonces supe también que Luisa era ciclista y que la bicicleta que en el furgón de cola iba con la mía, era la suya.

Luisa iba, como yo, á Sevilla: á unirse á su esposo que se encontraba en la ciudad de la Torre del Oro, arreglando unos asuntos mercantiles, y como éstos habían de retenerle un par de meses, llamó á su consorte que

con sus padres estaba en Madrid, para que aquel tiempo lo pasaran juntos en casa de una tía de Luisa, residente en Sevilla.

El viaje fué delicioso: nuevos éxtasis se apoderaron de Luisa y de mí, y tanto ella como yo, sentíamos la proximidad del fin de aquella noche.

Las simpatías psico-físicas entabladas entre nosotros, habían llegado á un grado superlativo; aquella mujer inconscientemente estaba enamorada de mí, y yo de ella y hallábase el terreno en laborables y perfectas condiciones para que ella fuera fácilmente adúltera y yo un mal caballero, bien en contra de nuestras respectivas voluntades.

La aurora, con sus dedos de rosa, tocó las cumbres de los montes en las últimas estribaciones de la hermosa Sierra-Morena, de ese célebre Despe-

ñaperros imponente por sus túneles y sus puentes.

La locomotora del tren subía las pendientes dando resoplidos disnéicos y arrojando bocanadas de humo denso que formaba negro nubarrón horizontal y paralelo á los imperiales de los coches del tren: los rails de la vía iluminados por la luz del disco del Sol, que majestuoso y arrogante surgía ya por Oriente, simulaban cintas de plata sin fin, perdidas allá en las profundidades oscuras de la boca del túnel; y el paisaje, no ya pálido como en la noche, sino dorado por el Sol, pasaba rápidamente ante nuestra vista sin darnos tiempo para gozar de su hermoso panorama.

Mi gentil compañera de viaje me hizo mil preguntas, hablamos de mil cosas, también yo le conté mis penas y tristuras éramos dos seres desgra-

ciados y nacidos para sufrir; por eso el azar nos unía, y por eso sin duda también nuestros cuerpos iban muy juntos, nuestras manos entrelazadas y nuestros alientos casi amalgamados cuando llegamos ya á media mañana á la estación de Córdoba.

Allí almorzamos continuando luego nuestro viaje cada vez más triste porque la separación se hacía necesaria antes de llegar á Sevilla: el marido de Luisa era muy celoso, así es, que después de reiterarnos nuevas protestas de nuestro cariño y de pedirme Luisa que fuera, mientras en Sevilla estuviese, á visitarla á casa de su tía por las mañanas, hora en que su esposo estaba ocupado en sus negocios, hubo necesidad de separarnos en la última estación antes de llegar á la de Sevilla, pues en esta debía hallarse esperándola su esposo.

Así lo hicimos: Luisa se trasladó al reservado de señoras, y yo quedéme solo en mi compartimiento, gozando en pensar bellacamente en que aquella divinidad me había citado por las mañanas en casa de su tía y que al fin... al fin aquella mujer sería mía por obra y gracia de las vibraciones psico-físicas de ambos.

El tren al fin llegó á la estación de Sevilla; apeéme de mi wagón, sin mirar al coche donde venía mi compañera de viaje y tomé un ómnibus que me condujera al centro de la población; pero antes de partir el vehículo subieron al mismo, cuatro viajeros más, una señora y tres caballeros. La señora era Luisa, uno de aquellos tres debía ser su marido; ¡pero cual no sería mi asombro al reconocer en uno de ellos á mi amigo Pepe, á mi entrañable amigo de la infancia y

del bachillerato y á quien hacía muchos años que ni le había visto, ni sabía de él!

Un prolongado abrazo nos unió por largo tiempo: nos hicimos un chaparrón de respectivas preguntas y una vez que á la ligera supo el motivo de mi viaje, me dijo que los días que yo estuviese en Sevilla, los pasaría en su casa, es decir, en casa de una parienta suya y á seguida me dijo:

—Chico, te participo que me he casado y tengo el gusto de presentarte á mi señora que acaba de llegar de Madrid en el mismo tren en que tu has venido.

Yo quedéme estupefacto: la esposa de mi entrañable amigo Pepe á quien quería como si fuese hermano mío, era Luisa, mi conquista inconsciente, mi compañera de viaje.

Luisa disimuló á las mil maravillas; no se dió por entendida de nuestro anterior conocimiento y se limitó á saludarme como á un desconocido amigo de su esposo á quien por primera vez veía.

En aquel momento llegábamos á la puerta del domicilio donde vivía Pepe: yo estaba anonadado y no pude protestar siquiera de instalarme en su casa.

Pepe se alegró mucho de mi viaje me habló de la enfermedad de su esposa y me consultó si en efecto el ejercicio en bicicleta sería bueno para curarla la anemia; yo asentí, como era natural y el bueno de Pepe me dijo:

—Nada, nada, entonces á pedalear; tu acompañarás á mi esposa y hareis excursiones juntos en bicicleta, porque yo ni sé montar ni mis asuntos me dejan tiempo para ello.

Yo confuso y deseando evitar la ocasión y el peligro le contesté:

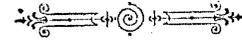
—Mira Pepe: á tu esposa le conviene la bicicleta, yo se lo aconsejo tambien; pero no la acompaño, porque los médicos recetamos, pero no tomamos la medicina.

El desenlace del feliz viaje me tenía trastornado, pensé sobre él y aquella misma tarde le dí solución.

Simulé á Pepe y á Luisa que acababa de recibir un telegrama urgente de mi familia para que regresara por primer tren á Madrid, y á pesar de la tristeza de Pepe y la de Luisa que aun era mayor, por mi marcha, aquella misma tarde tomé el expreso para la córte, sin asistir á las carreras de ciclos y sin ver siquiera á mis amigos los velocipedistas sevillanos que me habían invitado.

. . . . .

Tomé aquella resolución por no infringir *el noveno mandamiento*, no porque Luisa fuese la mujer de mi prójimo sino porque era la mujer de mi entrañable amigo.





## El sentido del olfato



**T**ODOS los sábados venía Narciso en su flamante bicicleta á ver á su adorada, una preciosa rubia de diecisiete primaveras, con ojos de color de cielo, con megillas coloreadas como los pétalos de las rosas y con más belleza estética que la que el lector pudiera admirar en una de esas preciosidades, en una de esas Concepciones que en un trozo de lienzo guarda el Museo Nacional de Pinturas con la firma del inmortal Murillo.

Julia era más hermosa que las vírgenes pintadas por tan eximio artis-

ta. El Supremo Hacedor, había derrochado en aquella criatura toda la belleza que humanamente puede atesorar una mujer, y no es mucho, por tanto, que el Narciso de mi cuento estuviera perdidamente enamorado de aquella deidad que tanto furor hacía entre el público que asiste al paseo de coches del Retiro y al de Recoletos, únicos sitios que frecuentaba Julita, acompañada siempre de su exuberante y entrecejuda mamá.

Narciso estaba estudiando la carrera de ingeniero de montes y vivía, por tanto, en el Escorial. Había conocido á Julia hacía dos años en el paseo del Angel Caído del Retiro de Madrid y desde entonces andaba el pobre muchacho medio loco, deseando acabar sus estudios para pedir la mano de su deidad, ya que los padres de semejante belleza femenina hubieron

en tiempo atrás de decirle que mientras no se presentase hecho un ingeniero, no habría de conseguir casarse ni hablar con la chica.

Así, es, que Narciso, conformado con el plazo, estudiaba con gran entusiasmo y no poco aprovechamiento á fin de hacerse ingeniero, casarse con Julia y tomar posesión del magnífico ingenio que en América poseían los padres de la chica.

Lo cierto es, lectores apreciables, que el muchacho no había tenido aún el placer de escuchar el timbre de voz de su Julia, á pesar de los dos años que llevaba de relaciones: la vió, la siguió, la escribió y la muchacha aceptó y todo se le arregló, menos el poder hablar con ella, porque la entrecejuda madre no dejaba sola á la chica, *ni á sol ni á sombra*.

En cambio los muchachos; aunque

no se habían hablado nunca, habían consumido muchas cajas de papel y sobres perfumados en escribirse billetes amorosos (los fabricantes de papel deben su *medio-sostenimiento*, al gran consumo que de este artículo hacen los enamorados).

El presunto ingeniero era un *goma* en toda la extensión del calificativo; estudiaba por el amor de su Julia, pero era nervioso como una señorita, un tipo verdaderamente afeminado.

Se perfumaba la ropa toda con miel de Inglaterra y Opoponáx, no fumaba porque no podía soportar ni el olor del tabaco, ni ninguna clase de olores que no fueran de perfumería; lo único bueno que hacía el muchacho era montar en bicicleta, á la cual, después de que excursionaba sobre ella, la daba un limpión con agua de colonia y jabón de los príncipes del Congo.

Usaba la bicicleta, como dije al principio, para venir todos los sábados por la tarde desde el Escorial á Madrid, con objeto de pasar el domingo en la corte *para ver* solamente á su adorada Julia, ya que era humanamente imposible hablarla.

Pero *por fin* llegó Narcisito á terminar su carrera y entonces, dejando la bicicleta (vehículo para él muy querido, porque le sirvió para sus excursiones amorosas durante dos años), tomó el tren, ó mejor dicho el tren lo tomó á él, vino á la corte y después de acicalarse y perfumarse convenientemente, según sus odoríficas costumbres, presentóse anhelante y *hinchido ó hinchado* de entusiasmo á sus futuros suegros, mostrándoles su título ingenieril y pidiéndoles por tanto, según convenio, la mano de Julia.

Aceptaron los papás y llamaron á

la chica, porque *ya podían hablarse los muchachos*.

A poco apareció Julia radiante de hermosura; concebir mayor belleza era imposible.

Narciso estaba emocionado, iba á hablarla por primera vez, iba á escuchar su melodiosa voz, y así sucedió: los muchachos hablaron algunas palabras.

Pero de pronto Narcisito, acometido de un vértigo, cayó al suelo sin sentido.

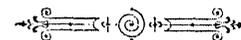
Vuelto *en sí*, merced á los solícitos auxilios de su futura esposa y suegros, se apresuró á cojer su sombrero y con una emoción y una tristeza inconcebible, declaró solemnemente que renunciaba á la mano de aquella señorita, y sin dar más explicaciones salió precipitadamente por *el foro*.

Y dirá el lector, curioso de suyo,

¿por qué el pobre Narciso renunciaba á la realización de sus ideales, de aquel amor tan arraigado, de aquella pasión tan volcánica?

Pues sencillamente, porque el muchacho al hablar por vez primera con aquella deidad, comprobó en efecto, que era una mujer preciosa, sublime, divina, ideal. Pero... le olía el aliento de un modo horrible y eso sí que no podía perfumarlo Narciso como á su flamante bicicleta.

¡Ah... el sentido del olfato!





## El rapto de la Sabina



**A**QUELLA tarde, por los espaciosos salones del marqués del Cañizo y por los jardines de su hermosa quinta, pululaban en confusión las mujeres más hermosas del gran mundo y lo más distinguido del sexo feo, en la aristocracia, la banca, la política y la literatura.

La quinta aquélla, situada en un despoblado perteneciente al término municipal de Villalba, era el sitio donde se celebraba una fiesta himeánica: el marqués del Cañizo había invitado á todos sus conocimientos de

Madrid, para que pasasen la tarde y la noche dedicados á los placeres de la mesa y del baile, con motivo\* del enlace que de su hija Sabina y el barón de H., había de verificarse á las primeras horas del siguiente día en el oratorio de la quinta.

Todo era allí bulla, confusión y alegría; todos felicitaban á los novios; pero Sabina, aparentando una complacencia faláz, sentía una tristura inmensa y en más de una ocasión hubo de ocultarse de los convidados, para que ninguno observase las gruesas perlas que, nacidas de sus hermosos ojos, surcaban la rosadez aterciopelada de sus mejillas.

Varias veces se asomaba á la verja de la finca y sus ojos escudriñaban hasta el fondo de la blanca, recta y empolvada carretera, como si anhelase descubrir el arribo de alguna

persona esperada con impaciencia.

El disco del Sol, con un amarillo más rojo y opaquecido, descendía al ocaso tiñendo tenuemente con sus postrimerías de luz aquella posesión, y poco después las sombras de la noche habían borrado el encaje laberíntico de las frondas de los árboles silueteando solo sus copas esfumadas en la penumbra.

Sin embargo, no reinaba el silencio de la noche en la morada aquélla; por las ventanas del palacio desbordábanse al exterior torrentes de luz artificial, y la algazara y el bullicio se trasladó desde los amplios jardines de la quinta, á los espaciosos salones del suntuoso edificio.

Allí se sirvió una opípara y notable comida, cuya digestión hicieron los comensales danzando al rítmico compás del wals, el minuet y el rigo-

dón, y de esta suerte pasaron los invitados los dos primeros tercios de aquella noche tibia de fin de primavera.

En el jardín no había ya nadie: la luna en geométrico y pleno disco, suspendida en el espacio á manera de potente foco de luz eléctrica, alumbraba con su luz pálida como el color de la anémia, la hermosa figura de Sabina, que repétidas veces se asomaba á la verja de la quinta desparramando su mirada ansiosa á lo largo de la carretera, esperando ver en medio de su blancura arenosa un punto negro, su salvación, su esperanza, su dicha, su Alfredo, en fin, que llegase dispuesto á evitar su aristocrática y metalizada boda con el barón de H...

Aquella preciosa criatura de veintin abriles, á quien la naturaleza ha-

bía dotado de un sinnúmero de bellezas estéticas, dejaba contornear su esbelta y mórbida figura por entre los calados de la verja y su seno curvo y turgente se dilataba y deprimía á impulsos de los sollozos sordamente escapados de su pecho.

Entre tanto, en los salones del palacio, los invitados, riendo, hablando y bailando, confeccionaban un murmullo que el espacio ambiente recogía y traducía en un murmurio inconspicuo, asemejado al rumor incongruente de las bacanales de los dioses, verdadera síntesis de la borrachera de la vida humana en abstracto.

\*  
\* \*

El tren avanzaba con rapidez sobre las dos paralelas de la línea de hierro, que al claror de la luna brillaban

cual dos cintas, sin fin, de bruñida plata; la locomotora dejaba en el espacio horizontal estela de flagor y humo blanco y en un compartimiento de primera clase, un joven de aspecto distinguido y porte elegante, miraba con frecuencia la esfera de su reloj y paseaba á lo ancho del carruaje, fijando de cuando en cuando su vista sobre un papel azul, en el que se leía:

«Mañana casada con Barón: urge tu venida: dispuesta á todo espero noche.

*S.*»

El tren mixto llegó á la estación del Mediodía á las diez de la noche, de él bajó precipitadamente el joven del papel azul, tomó un coche de plaza que lo condujo á gran carrera á una casa de lejana calle, entrando en ella para salir poco después en traje de ciclista y montando una bicicleta tandem.

Más ligera, mucho más ligera que el tren mixto que le condujo á Madrid desde Zaragoza, marchaba la tandem á impulsos del pedaleo del joven que la cabalgaba.

La distancia que media de Madrid á Villalba, la recorrió en breve tiempo y cuando el reloj de aquel pueblo lanzaba al nocturnal espacio dos metálicos quejidos, la hermosa Sabina, asomada á la verja de la quinta, observó á lo lejos el ansiado punto negro que por segundos se iba acrecentando y tomando forma tangible.

Momentos después, tan rápida como sigilosamente, llegaba á la puerta de la quinta la tandem y su intrépido dueño.

—¡Por fin llegaste, Alfredo mío! Ya soy feliz, estoy á todo dispuesta y espero tus órdenes.

—Pues no hay tiempo que perder,

arréglalo todo para que no sorprendan nuestra huida, es necesario que no noten tu falta hasta el momento crítico y por tanto precísase que estés con los convidados hasta última hora; lo demás corre de mi cuenta... y de la tuya, pues de algo te han de servir las lecciones que te dí en el velódromo. Allí tras de aquél murallón derruido te espero oculto en la sombra, á las cuatro te espero allí: no faltes; tu Alfredo te salvará.

\*  
\* \*

La algazara subía de punto en los salones del marqués, el baile no cesaba y Sabina, aparentando satisfactoria complacencia, danzaba al compás de cadencioso wals en brazos del Baroncito, su futuro cónyuge.

Los perfumes de los vestidos de las

mujeres amalgamados con los vapores del Jerez y los vinos espumosos que á borbotones esparcían las bocas de los circunstantes, mantenían aquella atmósfera en un estado de pesadez y de insoportabilidad, que estaba pidiendo á gritos su purificación. Allí hacían falta otros vapores, los vapores amoniacaes que despejasen el ambiente y los cerebros de los que le respiraban é inspiraban otra vez.

Aprovechando estas circunstancias, en medio del alboroto y la alegría, Sabina salió de los salones sin ser vista y atravesó el jardín, abrió la verja sigilosamente y desapareció, dirigiéndose hácia el cercano y derruido murallón.

Al claror de la luna entremezclado con el ténue fulgor rogado de la aurora matinal que asomaba ya por Oriente, marchaba la tandem carretera

adelante, cabalgada por Alfredo y Sabina, que semejaban inmensa ave volando á flor de tierra.

El nuevo día asomando por el rectilinio horizonte, daba ya tonos de luz al panorama y dejaba distinguir bien á las claras la agrupación de casas que constituyen el pueblo denominado Torrelodones.

En breves minutos recorrió la cíclica pareja la distancia, llegando al pórtico de la iglesia del pueblo, cuando la campana anunciaba á los fieles del lugar, el comienzo de la misa de alba.

Sabina y Alfredo, dejaron la bicicleta á la puerta del templo y en él oyeron, muy próximos al altar, la primera misa de aquel día.

Cuando el sacerdote echaba la bendición á los concurrentes, los dos ciclistas se arrodillaron á los piés del reverendo padre, con propósito deci-

dido de que aquella bendición sirviera de lazo conyugal.

Así fué: Sabina y Alfredo estaban ya eclesiásticamente casados.

El Sol doraba ya las cumbres del vecino monte y ascendía en el diáfano espacio con rapidez semejada á la de un aereostato en ignición.

En la quinta del marqués del Cañizo se notaba una extraordinaria agitación en el momento en que los dos ciclistas se apeaban de la tándem á la puerta de la finca.

Ambos penetraron decididos en el jardín en donde se encontraban los convidados rodeando al desesperado marqués, que gritaba angustioso:

—Mi hija, mi Sabina; han robado á mi Sabina.

Alfredo entonces se adelantó hasta él, dando el brazo á su consorte, y dijo al marqués.



—Su hija de usted está aquí, no la han robado, ha cumplido la voluntad de su padre. ¿No era hoy el día por usted destinado para casarla? Pues bien, Sabina ha cumplido su mandato paternal, porque se ha casado...

Pero se ha casado... conmigo.



## La excursión

de Cayetano



**E**RA joven y guapo el bueno de Cayetano, á pesar de lo cual había contraído matrimonio con una muchacha de Coria, no sabemos si parienta de aquel famoso tonto que ha hecho célebre á dicho pueblo; lo que sí se sabe es que la Naturaleza no la había dotado de ningún atractivo físico y que de su unión con Cayetano habían salido á luz tres rapazuelos tan traviosos como feos.

Vivía el matrimonio con sus tres vástagos en la villa coronada del oso

y el madroño, merced al sueldecillo que Cayetano ganaba aporreando las teclas del órgano de no sé qué iglesia parroquial y dando lecciones de piano á las señoritas bien acomodadas de los comarcanos pueblos, á donde Cayetano solía ir un par de días á la semana, utilizando algún carro ó el vehículo comunicativo de... la suela de sus zapatos.

Era, pues, un hombre aprovechado, pues de paso que iba á los pueblos á dar lección de música á las muchachas de buen ver y sombrerillo, se dedicaba también á hacer fiestas... de iglesia.

—¿Por qué no he de aprender á montar en velocípedo? (Se decía á sí mismo nuestro organista). De ese modo podría hacer mis viajes á Alcobendas y á Barajas, rápida, cómoda y económicamente.

Y dicho y hecho; compró á plazos una, no sé si soberbia... ó mansa bicicleta, provista desde neumáticos hasta uñas.

Y héte ya á mi buen Cayetano, caballero en cielo, corriendo á todo correr por esas carreteras de mis pecados y mis... caídas cíclicas.

Bien es verdad que Cayetano aprendió pronto á montar en bicicleta, pero también fué cierto que buenos cuartos le costó... el árnica gastada en curar el sinnúmero de porrazos que se ocasionó en sus lecciones de aprendizaje.

Pero ya dominaba la máquina y sí solo tenía buen cuidado de encerrarla en la despensa de su casa, para evitar que sus tres chiquitines la causaran alguna avería.

Sin embargo la bicicleta había proporcionado ya, sendos disgustos en la

familia, siendo la causa de que Cayetano y su suegra no se dieran ya ni los buenos días: porque era lo que la pobre señora decía:

—Vean ustedes, este demonio de yerno se ha gastado 600 pesetas en ese malhadado velocípedo, mientras sus hijos andan descalzos.

Pero á todo esto Cayetano no solo iba en bicicleta á dar lecciones de música sino que ya se había hecho *sportman* y pensaba tomar parte como carrerista en las primeras carreras que se celebrasen y en fin que traía la casa toda trastornada con su monomanía ciclista.

Así las cosas, fué llegado el momento de hacer una excursión á Aranjuez en compañía de cuatro amigos suyos velocipedistas ó mejor dicho *velocicleros* y el entusiasta Cayetano acostóse la víspera dejando ya la má-

quina en el pasillo y advirtiéndole á su mujer le despertase muy temprano, pues á las ocho de la mañana del siguiente día, estaba citado con sus compañeros de viaje para emprender la marcha.

Y en efecto... al romper el nuevo día, la mujer de Cayetano y sus tres pequeñuelos se ocupaban en *arreglar* el viaje.

Nuestro excursionista, apenas saltó del lecho, se dió una buena fricción de aceite comun en las rodillas y tobillos para *suavizar* las articulaciones, vistióse precipitadamente y fué á hinchar los neumáticos de su bicicleta, pero ¡oh desesperación!...

Mientras que Tadea, su cara mitad, le preparaba el chocolate, dos de sus chiquitines habían cogido por su cuenta la bicicleta poniéndola *nueva*.

El mayorcito se entretuvo en pin-

char los neumáticos con una lezna y el mediano intentaba suministrar una enema al gato, valiéndose de la trompeta avisadora de la máquina cuya pelota de goma piriforme había supuesto que era una lavativa.

Cayetano al ver aquello empezó á gritar desaforadamente, siendo causa de que su mujer acudiera presurosa al sitio del siniestro y fuese acometida, al contemplarlo, de un ataque *histórico*, digo, histérico, de esos ataques de nervios convencionales, que *las nerviosas* suelen simular cuando están rabiosas y á decir verdad, son ataques histéricos que pican en historia.

El organista había montado en cólera, ya... que no podía montar en su bicicleta y después de haber *convertido en tomates* la parte convexa posterior del cuerpo de sus hijos, es de-

cir, *donde la espalda pierde su nombre*, trató de reparar las averías causadas en su bicicleta, cosa que logró en parte, merced á unos cuantos parches, enderezones y golpes de émbolo.

El arreglo de la máquina coincidió con la cesación del ataque de Tadea y aun cuando faltaba ya solo un cuarto de hora para la *idem* de la cita, Cayetano no quiso salir en ayunas y se dirigió con su costilla á la cocina, en donde encontró á su tercer hijo, al chiquitín, que, sentado en el suelo y abrazado á la chocolatera, se entretenía en tomarse el chocolate destinado al autor de sus días, mojando y chupando en el espeso y alimenticio líquido, á falta de bizcochos, uno de sus raidos y ventilados zapatitos.

Era imposible sufrir más peripecias ni esperar más tiempo y Cayetano, con un humor de dos mil diablos,

montó en su bicicleta y echó á todo correr en dirección al sitio de partida de la excursión, donde quizás ya no le esperarían sus *compañeros de pedal*.

Pero su mala fortuna le perseguía todavía, porque al volver por la esquina de una calle, tropezó su máquina con la propia mamá de su esposa, que cayó á tierra, causándose la luxación del hombro derecho y obturándose de barro el ojo bueno de la pobre señora, y digo el ojo bueno, porque la suegra de Cayetano era tuerta.

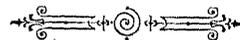
La gente formó corro, dos del orden que presenciaron el linchamiento, se apoderaron del organista y de su bicicleta llevando á ambos á la Delegación del distrito, que fué donde finalizó la excursión de Cayetano.

Desde entonces nuestro ciclista no se separa un momento de su bicicle-

ta, no permite que sus hijos se acerquen á ella ni á tres metros y cuando sale montado en su máquina ¿saben ustedes lo que hace?

Pues encerrar antes á su suegra en el desván.

¡Ah!... Y se vá en ayunas, pues desde el día de su primera excursión no ha vuelto á tomar más chocolate en su casa.





## La bicicleta y el amor

---

**E**L clásico mes de las verbenas, el caliginoso Junio, había finalizado y Daniel con sus asignaturas aprobadas del último año de la Facultad de Medicina, acababa de llegar, procedente de la corte, á su pueblo natal, donde le esperaba su virtuosa madre, ávida de estrechar contra su seno á aquel único pedazo de su sér.

El mismo día de su arribo, ocupóse el veterano estudiante en preparar su bicicleta, vehículo que en los veranos anteriores, servíale para hacer diarias, ocultas y nocturnas escursio-

nes al pueblecito inmediato, residencia del ángel de sus amores.

Miramar llamábase el pueblo donde vió Daniel la primera luz, lindo grupo de casitas blancas, situadas en la tranquila costa del Mediterráneo y distantes unos catorce kilómetros de Marillana, preciosa localidad enclavada á doscientos metros de la playa marina.

Ambos pueblecitos tenían comunicación directa, por partida doble, pues que los unía la vía férrea por la parte Norte y una extensa horizontal y bien afirmada playa marina por la parte Sur.

Marillana era un pueblo rico, cuyos habitantes dedicábanse á la agricultura que era fructífera y á la pesca que era abundante: allí, en una hermosa casa de campo, blanca, como la conciencia de las vírgenes que

lo son del alma al par que de la materia, y construida en el fondo de frondoso huerto bañado por las áuras del mar vecino, vivía Carmen, una preciosísima criatura de veinte mayos.

Daniel y Carmen se amaban con la pasión del primer amor, acrecentado por la tenaz oposición que á él mostraba el padre de la niña, rico propietario de Marillana, que prefería para esposo de su hija *un pedazo de carne humana* poseedor de inmensa fortuna, al futuro medicucho de partido, poseedor solo de su apergaminado título profesional.

Por eso recluía á Carmen á encierro perpétuo tan luego como sospechaba que el apasionado escolar, disfrutando estivales vacaciones, podía rondar hasta las tapias del huerto; pero Daniel, protegido por la servidumbre de aquel cancerbero, halló

en las obscuridades y reposo de la noche el medio factible de practicar en comandita y bis á bis con su amada, ese delicioso y universal verbo del amor, que toda la humanidad conjuga á la perfección... sin necesidad de saber gramática.

\*  
\* \*

Todas las tardes esperaba Daniel, á que el Sol sumergiese su rojo disco en el lejano horizonte de la superficie del mar; y dos horas más tarde, cuando ya habían cesado los plácidos cantares de los segadores que tornaban al pueblo en busca del descanso y el plañir unísono de las esquilas de los rebaños que caminaban al aprisco, cuando ya solo se escuchaba el rumor continuo del suave oleage del mar, en cuya pulida superficie rielaba la luna

formando fúlgida y plateada estela, el enamorado galán surcaba, volando á flor de tierra con las ruedas de su bicicleta, los catorce kilómetros de playa que distanciaban á Miramar de Marillana y que lograba recorrer en media hora escasa.

Cuando llegaba á la cancela de la quinta, morada del ideal de sus amores, bastaba una convenida y poco ruidosa seña, para que aquélla se abriese sigilosamente, dando acceso al velocipedista hasta un rincón obscuro del huerto, oculto de la casa, por las trepaderas madre selvas y amantibles que le rodeaban.

Allí le esperaba su adorable Carmen, cuya belleza iluminaba el claror de la luna, filtrado adrede por los intersticios de las frondas del jardín: allí pasaban los dos amantes horas sublimes de dichas y felicidades, con-

feccionando el eterno idilio amoroso, clavando uno en otro las pupilas, estrechando sus manos por las que se fusionaba el fluido nervioso de sus organismos y buscando la solución al problema magno de la realización de sus deseos, contrariados por el autor de la existencia de Carmen, que en aquellos ratos dormía con profundo sueño.

El poema realista daba fin, cuando la campana del reloj de la aldea, desde su cuadrangular torre lanzaba al espacio tres gemidos. Daniel abandonaba entonces la quinta haciendo rodar su bicicleta por la playa, en cuyas orillas se esbozaban las siluetas de los pescadores que no se ocupaban mas que en desenredar de sus trasmallos los convulsivos y plateados peces robados al mar durante la noche; y entre el rumor del suave olea-

je y el crujido chillón del balanceo de los barcos prisioneros á la orilla, Daniel trasportaba su cuerpo á Miramar, dejando su alma y sus sentidos en la blanca casita de Marillana.

\*  
\* \*

Era una tarde del caliginoso Agosto: el cielo se hallaba embadurnado por grandes brochazos de color grisplomo, asaeteados á intervalos por la quebrada, rápida y brillante línea del relámpago.

El mar protestaba iracundo de no ser entonces el espejo del astro rey que se hallaba oculto tras aquellas negruras y la continua y ruidosa protesta de las olas del Mediterráneo, amalgamábase con el estruendoso rugir de la tormenta.

Los habitantes de Marillana guarecíanse en sus viviendas y solo se ob-

servaba agitación y desusado movimiento en la quinta de Carmen.

El padre de esta linda muchacha, lloraba con ella, regando ambos de lágrimas la cuna donde se asfixiaba de sofocación disnéica una preciosa niña de cinco años, hija menor del rico propietario.

El doctor del pueblo había diagnosticado la afección de crup, ó garrotillo diftérico: el peligro era inminente; una hora más tarde la guadaña de la parca segaría de raíz la existencia de aquella linda criatura, apenas llegada á la iniciación de la primavera de la vida; la única salvación era practicar al momento la traqueotomía, operación quirúrgica para la que se precisaban instrumentos que el médico titular de Marillana había dejado olvidados un día antes en el vecino pueblo de Miramar.

Era, pues, necesario recorrer en menos de una hora los veintiocho kilómetros que separaban á ambos pueblos entre ida y vuelta, para poseer el instrumental que había de salvar la vida de aquella linda criatura adorada por su padre, y ni en la playa se encontraba remero capaz de surcar la orilla marina, hasta el vecino pueblo, ni por la línea férrea circulaban ya trenes hasta la noche.

Pero Carmen tuvo un momento de inspiración en medio de su tortura y apresurada y ocultamente telegrafió á Daniel lo que ocurría, después de vencer á fuerza de ruegos los escrúpulos del telegrafista trasmisor de Marillana, que tenía aislado en tierra el hilo telegráfico interín no amainaba la tormenta.

\*  
\* \*

Daniel habitaba en Miramar una casita próxima á la estación de la vía, en aquélla se encontraba cuando le entregaron el telegrama de Carmen, y loco, delirante, á medio vestir, sin escuchar réplicas y amonestaciones, buscó la cartera de cirujía del médico titular de Marillana, montó en su bicicleta, dió impulso á los pedales y media hora más tarde, bañado en un mar de sudor y calado hasta los huesos por el agua de la lluvia tormentosa, penetraba por primera vez de día por la misma cancela de la casita blanca que le dejaba franco acceso nocturnal.

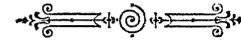
El doctor, ayudado de Daniel, procedió en el acto á practicar la operación cruenta á la enfermita, que pudo ya respirar artificialmente.

El éxito coronó la operación y quince días después, la niña moribunda

corría alegremente por los laberínticos paseos del hermoso huerto.

La bicicleta de Daniel la había salvado: este era un triunfo cíclico origen de otro triunfo, el del amor de Daniel y Carmen, pues el agradecido padre de la chica, cambió de opinión y él mismo se apresuró en arreglar los asuntos lo más pronto posible, para tener un hijo más.

Y en efecto, un mes más tarde, el párroco de Marillana unía en eterno y conyugal lazo á la linda Carmencita y al intrépido Daniel.





## La agudeza de Canuto



**N**o saben ustedes quién era Canuto?

Pues figúrense ustedes, á un joven un si es no es pálido, estudiante de derecho, muy gomoso *él*, muy poco amigo de conversación *él*, y medio bobo *él*, y tendrán ustedes exacta iconografía del personaje de mi cuento.

Todos los veranos los pasaba en Villatontuela, de donde *él* era natural, pues el curso académico lo cursaba en Madrid, obteniendo casi siempre en Junio, el ópimo fruto de su

trabajo, es decir, unas succulentas calabazas.

Un año en que pudo aprobar por milagro el curso, pudo también engañar á su buen padre sacándole dinero y apareció en su pueblo Canuto montado en una bicicleta clavo-extrafalaria.

Los días enteros y aun las noches de luna, las pasaba el chico caballero en su máquina, siendo la admiración de todos los *villatontuelos*, más tontos y más inocentes que el tonto de Canuto.

—Canutín ¿cuánto te ha costado ese almatoste?

—¿Cuánto te han llevado por ese carricoche, Canutito?

Estas eran las preguntas que todos hacían al ciclista cuando le veían pasar hecho un sportmand.

—¿Pero hombre, no nos quieres

decir cuánto dinero has dado por ese carrucho extraño?

—Cuando estéis todos juntos os lo diré, respondía á todos Canuto, pues pensaba que no era cosa de estarlo repitiendo á cada uno que se lo preguntaba.

—Canutín, ¿cuánto te ha costado ese *vilocípido*?—preguntóle un día el Alcalde.

—Voy de prisa, señor Alcalde: ya he dicho millones de veces que cuando esté el pueblo todo junto, yo lo diré—respondió el muchacho algo amostazado.

Pues señor, pensó un día Canuto; todo el pueblo tiene gran interés por saber el precio de mi bicicleta; nada, nada, hay que complacerle; hoy mismo lo sabrán todos.

En efecto: aquella misma noche, allá á la una de la madrugada, cuan-

do en Villatontuela todo era silencio, Canutín, sin ser visto por nadie, se fué á la iglesia del pueblo, subió á la torre y empezó á tocar desaforadamente á somatén.

El vecindario alarmado acudió al templo: ni el cura, ni el alcalde, ni el juez, ni el sacristán sabían nada, ni nadie adivinaba por qué ni por quién se habían tocado las campanas.

Se hizo un registro en la torre, pero Canuto, que lo había previsto todo, buscó seguro escondrijo donde no pudo ser visto.

Por fin, desalojaron el campanario; todo el pueblo se hallaba perplejo; pero ya se disponían todos á volver á sus abandonados lechos, cuando el truhan de Canuto volvió á tocar nuevamente las campanas.

La alarma entonces subió de punto: todos acudieron á la iglesia, y el pá-

rroco en breve plática exhortó á los vecinos para que entrasen todos en el templo, en donde se rezarían unas preces para desalojar del campanario al espíritu maligno que, en concepto del señor cura, era el único que podía turbar el sosiego de los villatontuelos.

Así lo hicieron todos: el templo estaba repleto de gente: en las casas no había quedado ni un solo vecino. El párroco se disponía á comenzar sus exorcismos, cuando por una ventana situada en la parte más alta del retablo del altar mayor, asomó la cabeza Canutito.

—¿Estáis todos juntos?—gritó el chicuelo desde las alturas.

—Sí, estamos todos juntos—repuso el cura.—¿Quién eres? ¿Eres espectro divino ó eres hechura de satán? ¿Qué deseas?

—Pues sencillamente—contestó Canuto—ya que estáis todos juntos, quiero complacer vuestros deseos, diciéndoos que la bicicleta me costó 120 pesetas, después de mucho regatear.

.....

Comprendieron entonces los villantuelos, que reconocieron á Canuto, que habían sido víctimas de una broma del ciclista, y no fué tunda la que le endosaron: estuvo de resultas de ella tres meses en cama y desde entonces no ha vuelto á montar más en velocípedo.



## La sorpresa



FORMABAN los dos un matrimonio joven, rico y dichoso; se habían unido por puro amor (rara avis), y la paz conyugal reinaba en el hogar doméstico, un hogar lleno de comodidades.

Ella, era una rubia espiritual, sevillana pura, de ojos azules y cabellos de oro (que no todas las andaluzas han de ser morenas), y él, un madrileño neto, joven y dueño de una casa de banca de las más fuertes de Madrid.

Habitaban en un lindo hotel del paseo de Recoletos, pero en los momentos críticos de este cuento, la esposa,

la espiritual Emilia, residía en una casita de campo en el término de Pozuelo, porque el médico había dispuesto el cambio de residencia fuera de la corte, para combatir un principio de anemia que en la joven esposa comenzaba á iniciarse.

Ernesto, su esposo, iba á Pozuelo todos los domingos *á lomos* de una magnífica bicicleta, pues debo decir á mis lectores que el banquero era entusiasta por el velocípedo y aún cuando había intentado por mil medios hacer de su bella consorte una veloxursionista, Emilia jamás quiso poner su cuerpo en equilibrio sobre una bicicleta.

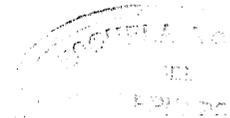
Sin embargo, el médico que la asistía la recomendó el uso del velocípedo como medio beneficioso y complementario terapéutico de la anemia que sufría, y estando en Pozuelo, la

señora banquera decidióse, al fin, comprando una buena pneumática, en la que aprendió bien pronto á andar, pero sin que de esta determinación supiera nada su esposo.

Las lecciones ciclo-prácticas se las daba Juan, el criado de la casa, hábil ciclista hecho á la fuerza por su amo, y la señora había exigido al doméstico y maestro, la más absoluta reserva.

Lo cierto era, que Emilia marchaba ya divinamente en velocípedo y su esposo nada sabía de semejante progreso: la neófita ciclista quería dar una sorpresa agradable á su marido y... consiguió su objeto.

Llegaba el Carnaval y Ernesto escribió á su consorte diciéndole apesadumbrado que el domingo de Carnaval no podía ir á pasarlo con ella, según costumbre dominguera, porque



urgentes asuntos de banca le tendrían ocupado el día y la noche en el bufete de su hotel.

Emilia recibió la noticia con desagrado: estaba ya acostumbrada á pasar los días y... las noches de fiesta en unión de su adorado esposo y hubo de contrariarle la ausencia, precisamente en el domingo de Carnaval.

Llegó este día y la buena señora, pasólo de mal humor y contrariada; vino la noche y á la hora de ir á acostarse, abrió la ventana del dormitorio de su casa de campo, y observó que la noche era una noche de Febrero; plácida, templada, hermosa y perfectamente aclarada por la luna en su fase llena.

Una idea cruzó por su mente al ver la blanca carretera que de Pozuelo conduce á Madrid y con resolución y valentía, dispuso en el acto que Juan

preparase las bicicletas y la acompañase á Madrid: había intentado sorprender agradablemente á su esposo, llegando á las altas horas de la noche á su hotel del paseo de Recoletos *en alas* de su esbelta bicicleta.

Dicho y hecho, media hora después de concertado el viaje, Emilia y su criado Juan pedaleaban de lo lindo á lomos de sus neumáticas, con dirección á la corte.

La una de la madrugada sonaba en el reloj del edificio del Banco de España, cuando los ciclistas llegaban á la verja del hotel de Ernesto.

Emilia se apeó de la bicicleta y llamó á la esquila de la cancela con nervioso estrépito: tenía verdaderos deseos de sorprender á su Ernesto que el pobre estaría trabajando en su despacho, bien ajeno de que su cara mitad llegaba á aquella hora, desde Po-

zuelo, en bicicleta.

El portero del hotel salió á abrir quedando sorprendido de ver á la señora, á la que dijo que el señor no estaba en el hotel, que había salido á las doce con unos amigos y que según le dijo no volvería hasta la madrugada, habiendo oído decirle al cochero que los condujese al teatro Real.

La poca sangre que Emilia tenía, efecto de la anemia, acudió toda á su cabeza y acicateada por los celos y por la indignación, se dirigió apresuradamente con Juan, al próximo punto de coches, tomando uno que salió al galope.

Ernesto, complaciendo á varios íntimos amigos, pasaba agradable rato en un palco platea del regio coliseo, viendo el bullicio constante del baile de máscaras, de eso que allí llaman baile

y que de todo tiene menos de tal cosa.

De súbito se abrió la puerta del palco y una máscara vestida con rico dominó de raso azul, empezó á bromear con Ernesto que por su parte no desperdició medio de galantear á la máscara, que así de buenas á primeras se le venía á las manos.

La del capuchón azul, cogió del brazo á Ernesto y lo sacó fuera del palco, obligándole á que la llevase al restaurant. Ernesto se dejó querer, imaginándose que la máscara sería una *horizontal* de alto vuelo, y hasta bendecía aquella ventura que él no había buscado.

En el restaurant, Ernesto reanudó sus galanteos y á los postres intentó conocer á la disfrazada.

—Vamos—dijo Ernesto—tiempo es ya de que admire tu hermoso rostro, quítate el antifaz.

Y la máscara contestó:

—No tengo inconveniente, pero antes, júrame que me has de querer mucho, más que á tu mujer, porque yo sé que eres casado.

—Eso jamás—repuso con energía Ernesto—mi mujer es un ángel á quien adoro con toda mi alma y te prohibo que ni siquiera la nombren tus labios.

La máscara entonces dió un grito y se abrazó á Ernesto, al mismo tiempo que se arrancaba el antifáz.

Ernesto entonces se encontró frente á frente con su esposa.

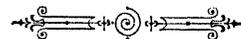
—¿Tú aquí?—preguntó el banquero asombrado al ver á su consorte.

Y Emilia, cogiendo del brazo á su marido y llevándolo hácia la puerta de salida, le contestó:

—Sí, querido Ernesto: he aprendido á montar en bicicleta accediendo al

fin á tu deseo, y he venido en ella esta noche desde Pozuelo con Juan, á fin de darte una sorpresa... agradable y... para ayudarte *en los trabajos* que te impedían ir hoy á Pozuelo.

Ernesto, avergonzado, pidió perdón á su esposa y jamás la volvió á decir que montara en velocípedo.





## Un tío en Alcalá



No siempre los *tíos de Alcalá*, no han de ser *ni tíos ni nés*, como el adagio refiere, y de esta clase de *tíos* es el *tío* de mi cuento.

En efecto: D. Trifón era un acaudalado comerciante, soltero, sesentón, que disfrutaba sus postreros años de vida, aposeionado en su quinta de Alcalá de Henares, con su ama de llaves y sus sirvientes, retirado del comercio y comiéndose la sexta parte de sus cuantiosas rentas.

Tenía en la corte cuatro sobrinos estudiando cada cual diversa carrera

facultativa, y solo algún que otro domingo solían ir los chicos á Alcalá en el tren de recreo á ver al tío, al que nunca podían sacarle ni tres perros chicos, á pesar de los sablazos que con gran tacto le daban los muchachos.

Pasó tiempo y los chicos, en vista de sus infructuosos viajes, decidieron suprimirlos y no volver á Alcalá á ver al tío, al cual concienzudamente acabaron por calificarlo como al tío del adagio, y en el café, á sus amigos, así lo decían.

—Es verdad que tenemos un tío muy rico en Alcalá, pero resulta que *no es tío ni es ná*.

Quedóse, pues, el tan acaudalado como mísero D. Trifón, relegado al olvido por sus sobrinos, hasta que un día, ó mejor dicho, una noche, recibieron los chicos un telegrama del

tío de Alcalá, concebido (concebido el telegrama ¿eh?) en los siguientes términos:

*«Á mis cuatro sobrinos Pedro, Juan, Antonio y Diego. Me encuentro gravemente enfermo, quiero hacer testamento, al primero de los cuatro que llegue aquí antes, le declaro heredero universal de mis bienes.»*

Excuso decir á mis lectores que á los cuatro estudiantes les sorprendió tan *fausta* noticia; repuestos de ella, cada cual comenzó á hacer los preparativos del viaje á Alcalá al siguiente día, decidiendo, de común acuerdo, practicarle por diferente medio comunicativo, pero saliendo de Madrid los cuatro á una hora fija, á las siete de la mañana del siguiente día.

Pedro, que estaba en fondos... aunque *poco profundos*, decidió marchar

á Alcalá en el tren mixto de las siete de la mañana.

Juan, pidió prestado á un amigo suyo, teniente de Estado Mayor, su caballo, fogoso alazán, que se traga balleguas y más leguas, según lenguas decían, y con el tal caballo saldría á las siete de la mañana por la carretera de Aragón.

Antonio decidió salir por la misma carretera á lomos de su ligera bicicleta neumática y como el muchacho pedaleaba de lo lindo y era un afamado *recormand*, se prometía, muy razonablemente, llegar el primero y muchísimo antes á la ciudad de Alcalá de Henares.

Y, por último, Diego, el hermano menor que se encontraba en crisis monetaria y sin caballo ni velocípedo que le condujeran en su viaje, optó por ir cabalgando sobre un jumento

que de buen grado le prestó el cacharrero de la esquina de la calle donde vivía.

El triunfo era fácil pronosticarlo y mis lectores ya *ven la tostada*, es decir, el fin del cuento; pero á pesar de todo, voy á *finiquitarlo*.

Salieron puntualmente á las siete de la mañana: Pedro en un compartimento de tercera clase del tren mixto de Zaragoza: Juan, montado sobre el brioso caballo de su amigo el teniente: Antonio, sobre el sillín de su bicicleta; y el pobre Diego á lomos del burro del cacharrero, que andaba á paso de pesada y obesa tortuga.

—¿Y qué ocurrió?

Pues ocurrió que el tren mixto descarriló en las agujas de la estación de Vicálvaro y todos los viajeros tuvieron que quedarse allí.

Juan rajó los hijares al caballo del

teniente que salió á galope tendido, pero esforzado por el ginete y faltando ya las fuerzas al bruto (esto de bruto, no lo digo por Juan, sinó por el caballo), paró *en seco* ya reventado, apeando por las orejas al ginete, que cayó al suelo, abriéndose brecha tamaña en su cabeza é imposibilitándole seguir la marcha.

El ciclista salió más ligero que el viento y á los pocos kilómetros de carretera tomó la vía férrea, caminando por la cuneta de la misma en su esbelta bicicleta.

En cambio el pobre Diego, paso tras paso, caminaba lentamente por la carretera harto ya de dar palos á su cachazudo asno, que no salía de su lento andar; pero, por fin... *á las cinco de la tarde* llegaba mustio y compungido á Alcalá á lomos del pollino, cuando ya creía que el ciclista prime-

ro y sus otros dos hermanos después, estarían hartos de *estar* ya en Alcalá.

Resignado, continuó su camino, penetró lentamente en las calles del pueblo, y llegó á casa de su tío, encontrándose con... que era él el primero que llegaba y por consiguiente era el heredero de su *tío el de Alcalá*, que entonces se hallaba en el principio de la agonía.

—¿Pues qué se hizo del ciclista?— preguntarán ustedes, pacientes lectores, con sobradísima y razonada curiosidad.

Pues el ciclista á los siete kilómetros se le reventó el neumático y tuvo que repararlo; á los ocho kilómetros se le volvió á reventar el neumático, y á los trece kilómetros no se le reventó el neumático pero se reventó él, por efecto de un tropiezo de la rueda delantera con unas piedras

del camino que le hicieron caer á tierra rompiéndose el alma y rompiéndose su bicicleta, que quedó inservible.

Por tanto, Diego, con su burro, fué el que llegó primero á Alcalá y excusado es decir que compró al cacharrero el jumento, á quien trata como si fuera sér humano.

Desde entonces, cuando tiene Diego que llegar pronto á un sitio, va en burro; y no entra, si lo empluman, en el tren, ni monta á caballo, y reniega de los velocípedos.



## *La Nochebuena* *de Carvajal*



**E**N aquel mes de Junio había salido Carvajal de la Academia hecho un señor teniente y á pesar de ello, como en todas las vacaciones, emprendió sus paseos y viajes por carretera, caballero en bicicleta, pues que era extremada la afición que el señor oficial tenía al velocípedo, desde los primeros años de su vida estudiantil.

Sin embargo, llegó Octubre y Carvajal abandonó su afición deportiva, dedicándose al arreglo de sus documentos para cambiar de estado.

Amaba á una preciosa mujer de diecisiete Mayos, que habían ido confeccionando unas formas divinas, al par que todo lo humanas posible: rostro hechicero, adornado por una pequeñísima boca, verdadera entrada del paraiso, por largas, arqueadas y sedosas pestañas que orlaban á unos ojos grandes como el deseo y azules como el purísimo manto del firmamento y por unos cabellos tan finos como rizosos, que semejaban negro y esmaltado azabache.

El teniente *tenía* proyectado el casamiento con aquella deidad, para mediados de Diciembre, y en efecto: el 16 de dicho mes, anudaba para siempre á la gentil pareja, el cura castrense del Regimiento de Saboya.

Luna de miel plácida y deliciosa empezó á iluminar la dicha de aquellos dos séres que se amaban con de-

lirio, pero tres días después de efectuado el enlace, recibió Carvajal un pliego del Ministerio de la Guerra, en el que se le ordenaba la marcha inmediata á una de nuestras plazas fuertes, fronterizas al territorio africano, que ignominiosa y traicioneramente habían atacado algunas kábilas de la canallesca morisca.

Era, pues, necesario incorporarse enseguida al batallón y embarcar con él en Cádiz para arribar al campamento de la guerra antes del 20 de Diciembre: era preciso defender la pátria y volver por su prestigio, hollado por la chusma rebelde.

La luna melosa que brillantaba la dicha de Carvajal y de su costilla, empezó á nublarse con los celajes del pesar y la tristura: antes que el hogar estaba la pátria: el caballero oficial así lo había dicho á su Clara (que no

lo vió tan *claro*, como era en efecto), y hubo de indicarle la necesidad de la separación mientras la guerra durase.

Reflexiones, razonamientos, todo fué inútil para la valerosa oficialita, que no consintió en separarse de su esposo y dos días más tarde, juntamente con el batallón, embarcaban en el muelle de Cádiz á bordo del *San Agustín*, el teniente Carvajal y su hermosa consorte.

Las catorce horas de travesía que el vapor invirtió en surcar la rizosa superficie del mar, desde el muelle de Cádiz hasta el de la plaza acosada por los moros, pasáronlas los esposos escuchando con deleite la série de cuentos y agudezas referidas por el sargento Rodrigo, protegido del teniente, á quien conocía desde la infancia.

Se hizo con felicidad el desembar-

co, se buscó en la plaza cómodo alojamiento para la pareja enamorada y Carvajal, con su batallón, púsose á las órdenes de sus jefes.

Los cañones de los fuertes vomitaban fuego y metralla incesantemente, aprisionábanse éstos á costa de muchos kilos de carne humana y en el campamento situado en un llano á bastante distancia de la plaza, nuestro valeroso ejército disponíase á la pelea con ardor frenético, con ese ardor que causa á todo español al contemplar arrugada y maltrecha esa preciosa tela roja y gualda que simboliza nuestra bandera. Los moros ocultos en las sinuosidades del terreno, llegaban muy cerca de nuestros fuertes y desde allí dirigían á nuestras tropas, con sus kilométricas espingardas, verdadera lluvia horizontal de plomo.

Carvajal, durante el día, luchaba como un valiente, en tanto que su esposa rezaba ante una imágen, hasta que llegaba la noche y el teniente volvía á la plaza, entraba en su alojamiento y confeccionaba con su mujer, siempre hermosa, eterno é inacabable idilio de amor.

Pero llegó el día de la Nochebuena y Carvajal recibió orden de alojarse durante la noche en el campamento.

La suculenta cena, de antemano buscada y preparada por el sargento Rodrigo para los recién casados, había que partirla aquella noche, precisamente la Nochebuena, en que Carvajal y Clara prometían festejarla con ricas viandas y espumosos vinos. No había más remedio que hacerlo así y no lo evitaron, ni el pesar inmenso del teniente, ni las perlas bro-

tadas de los hermosos ojos de Clara.

.....  
 Carvajal paseábase violenta y rápidamente por el reducido espacio del suelo de su tienda de campaña. Rodrigo dirigíale algunas palabras de consuelo: la noche era clara y serena; en el espacio, el disco completo de la luna iluminaba el panorama, silueteando los picos de las montañas y los dentados torreones de los fuertes, rielando luego en ancha y arrugada cinta de plata estendida en la superficie del mar, hasta la costa africana.

En el campamento ya habían trocádose los cánticos de los soldados por el roncar de sus gargantas, embadurnadas por el humo de la pólvora invertida en la pelea durante el día, y aquel silencio solo era turbado por el incesante *alerta* de los centine-

las que repercutía de continuo por los ámbitos del campamento.

El sargento Rodrigo, acurrucado en un rincón de la tienda de campaña de Carvajal, torturaba su cerebro para hallar medio de que su teniente cenara aquella noche con su esposa: de pronto se levantó del húmedo suelo y embozándose en su manta, salió precipitadamente.

El teniente, ensimismado en su tortura, no se fijó siquiera en la salida de Rodrigo que, saltando zanjás y baches y llenándose de lodo, marchaba cam po á traviesa, en dirección de la plaza.

Una hora más tarde, cuando el reloj de la plaza tocaba las diez, el sargento Rodrigo, con barro hasta en las orejas, llegaba presuroso á la tienda de campaña del teniente, que continuaba paseándose como hambriento león en reducida jaula.

—¿Qué traes ahí?—preguntóle con enojo el oficial.

—Pues ya lo está usted viendo, señorito; traigo la bicicleta del periodista que vive en la plaza, de ese redactor de no sé qué periódico de Madrid, que ha venido á tomar apuntes de la guerra: con que, vamos, no pierda usted tiempo, en media hora, tomando la senda de la cuneta de la carretera, está usted en la plaza: la señorita ya lo sabe y le espera á usted impaciente, con la cena preparada.

—Por Dios, Rodrigo, ¿tú sabes lo que dices? ¿Y si notan mi falta? ¿Y si ocurre algo en el campamento?

—Qué ha de ocurrir, señorito: vaya, vaya, tenga usted ánimo; total dentro de dos horas está usted de vuelta y nadie se entera de lo ocurrido: con que andando que la señorita le espera á usted impaciente.

Carvajal se dejó fácilmente sugerir por la tentadora proposición de Rodrigo, y media hora después llegaba, montado en bicicleta, á la puerta donde habitaba su esposa, que desde la ventana esperaba el arribo del oficial ciclista.

Los dos esposos saborearon la apetitosa cena y las delicias del amor que se profesaban: buena noche fué la Nochebuena para aquellos dos seres, cuyas almas se habían fundido en una sola. ¡Cuánta felicidad y cuánta alegría!

El reloj de la plaza anunció á Carvajal que eran las dos de la mañana, y apresuradamente y envuelto en un impermeable de paisano para no ser conocido por el uniforme, el oficialito montó en su bicicleta que volaba á flor de tierra por la seca vereda de la cuneta de la carretera.

A mitad de camino, al pasar á es-

paldas del campamento, por la empinada cúspide de un cerro, observó Carvajal un formidable grupo de moros armados, que sigilosamente se arrastraban ascendiendo por la falda del cerro, en actitud de sorprender por retaguardia nuestro campamento. Los moros no vieron pasar á Carvajal, ó si lo vieron, quedaron estupefactos al contemplar la velocidad y forma rara de la silueta que esbozaba, acurrucado en su impermeable con el rostro oculto por la capucha y caballero en su rápido vehículo.

Observar esto, dar nervioso impulso á los pedales y llegar en dos ó tres embalajes á su tienda de campaña, fué obra de un momento: contó lo ocurrido al sargento Rodrigo, se arregló un poco el traje y rápidamente se dirigió á la tienda alojamiento del general en jefe.

El campamento parecía en aquellos momentos solitario cementerio, en cuyas tiendas de campaña dormían millares de valerosos soldados semejando al sueño de la muerte que quizás habrían de reposar al librarse la primera batalla; ¡qué de ensueños plácidos fantaseaban quizás, en aquellos momentos, en los dormidos cuerpos de aquellos hijos de la patria! ¡Quién soñaba que la luna abriallando la reja de su amada allá en la aldea, era testigo presencial del sigiloso y nocturnal coloquio amoroso! Quién se imaginaba hallarse en la tradicional cocina del hogar paterno, acurrucado cerca de la hoguera, alimentada con abundantes y añosos troncos de encina, escuchando el cuento de la abuela ó la sentimental malagueña, cantada al unísono de patriótica vihuela. Quién suponía encon-

trarse de regreso en su pueblo, llevando el corazón lleno de honra nacional y el pecho de la guerrera lleno de cruces laureadas por méritos de guerra: así, pues, aunque solo el silencio reinaba en el campamento, ¡cuánta actividad, cuánta vida en aquellos cerebros soñadores, pertenecientes á cuerpos rendidos efecto de la vida militar en campaña.

Pues todo aquel silencio lo turbó explosivamente nuestro buen Carvajal. Anunció al centinela que despertara al general para urgente asunto de servicio, y poco después el teniente Carvajal, decía á su jefe.

—Mi general, acaba de llegar disfrazado á mi tienda de campaña un moro-amigo y confidente, que me asegura que el enemigo, en numeroso grupo, viene por retaguardia por la falda de ese monte á sorprender nues-

tro campamento. V. E. ahora dispondrá.

El general, en vista de esto, dió rápidas órdenes que fueron sigilosamente comunicadas por todo el campamento, el cual quedó transformado en pocos minutos. Antes el silencio, la inercia, el símil de la muerte: ahora la animación, la actividad, el movimiento; el sordo cuchicheo de los soldados á quienes despertaban los sargentos á empujones y sin razonamientos, el piafar de los caballos sobre el húmedo y enarenado suelo del campamento que pocos minutos después de la orden dada por el general en jefe, parecía inmenso tablero de ajedrez, dispuesto á la partida: la luna entonces no silueteaba solo los dentados torreones de los fuertes y el blanco contorno de las tiendas de campaña, esfuminaba también el

numeroso é informe grupo que en el campamento iba cada vez engrosando nuestro valiente ejército; la luna arrancaba entonces brillantes tonos de plata de las aceradas hojas de los sables, dispuestos ya á la pelea, y reflejos bruñidos de las bayonetas, caladas ya en los fusiles de nuestra gallarda infantería.

Las tiendas de campaña iban vomitando soldados á medio vestir que buscaban sus armas, al par que abotonaban sus pechos. Nuestros tiradores Mäusser, recibían órdenes de sus jefes y se disponían para la avanzada: la caballería formaba ya en correctas filas y nuestra bandera ondulaba ya en el espacio á manera de serpiente, ansiosa de devorar á la morisma vil.

Sigilosamente nuestro ejército se puso en marcha pocos momentos des-

pués: desplegado en guerrillas fué al encuentro del enemigo, y en la madrugada de aquella Nochebuena, se libró en el monte vecino la batalla más gloriosa de cuantas dió nuestro ejército.

A la alborada, cuando la luz matinal empezaba á alumbrar los campos, veíase en la falda del vecino monte un sinnúmero de cadáveres envueltos en pardos jaiques y un derroche de gumías y fusiles, abandonados en la huida que hicieron los moros, al verse sorprendidos de improviso por nuestras tropas.

Carvajal se batió como un valiente, yendo en las avanzadas, y al siguiente día el general en jefe proponía al Gobierno el ascenso á capitán de tan bravo militar.

Mientras tanto, el sargento Rodrigo se frotaba las manos de gusto y

lleno de entusiasmo, decía al matrimonio Carvajal:

—Señoritos, deben ustedes comprar al periodista su bicicleta y meterla en una *hurnia*, porque la verdad, es, que á ella se debe el que hayan ustedes cenado juntos la Nochebuena, y el que hayamos zurrado á los moros.





## *La bicicleta* *del doctor Marcelo*

---

**C**ASÓ el doctor Marcelo, apenas terminada su carrera, con Amparo, una joven histérica, ni fea, ni hermosa, pero dotada de un caracter dominante y voluble.

Marcelo, al casarse, lo hizo por verdadero amor, un amor que duró los seis años tardados en sus estudios de Facultad y al poco tiempo de consumir el acto matrimonial, marchó con su cara mitad á un pueblo de rica región española, en donde por espacio de cuatro años ejerció el cargo de

médico rural, con gran contento de todo el vecindario, que adoraba al novel doctor, tanto por sus relevantes condiciones de caracter, cuanto por su ilustración y acierto en el ejercicio de su sagrado ministerio.

La vida del joven matrimonio deslizábase, al parecer, plácida y tranquila, pues los caprichos y volubilidades de la histérica Amparo, eran tolerados pacientemente por Marcelo, cuyo único defecto estribaba en la debilidad de su caracter: así, es, que parecía que los esposos disfrutaban de esa felicidad y ese goce que solo se encuentra en el hogar doméstico, y sin embargo, toda aquella dicha era aparente, porque Amparo no amaba á su esposo.

Cuatro años pasaron así, en los que el doctor Marcelo no pudo sospechar la falta de cariño de su esposa, pues

si bien notaba desvíos y frialdad en el comorte de Amparo, nunca sospechó que fueron efectos de la falta de cariño, atribuyéndolos solo á resultantes de su padecimiento histérico.

\*  
\* \*

Marcelo era aficionadísimo al sport cíclico, y los pocos ratos que su profesión le dejaba libres, daba sendos paseos á lomos de una regular bicicleta que poseía, utilizando en sus excursiones la vía férrea y los caminos vecinales; pero hacía ya algunos meses que había prestado su máquina á un compañero suyo, médico de un pueblo distante unos ochenta kilómetros, y con el cual no existían otros medios de comunicación que el ferrocarril. Marcelo prestó su bicicleta por tiempo indefinido á su colega, en vis-

ta de las reiteradas instancias y exigencias de Amparo, que no quería que su esposo montase en velocípedo; así, es, que accedió á su ruego, no diciendo la verdad á su consorte, á quien hizo creer que había vendido y no prestado su máquina cíclica.

Un día del mes de Agosto, recibió Marcelo un telegrama del compañero poseedor de su bicicleta, en el que le exhortaba para que por el primer tren fuera á aquel pueblo á consulta pedida por la familia de un enfermo grave.

Nuestro doctor, comunicó el viaje á su esposa, preparó su pequeño maletín y se despidió de ella hasta las doce del siguiente día, hora de llegada del primer tren en que Marcelo podía regresar á su pueblo. Así lo efectuó, y tomando asiento en un coche de segunda del tren mixto,

marchó al pueblo residencia de su colega, el doctor Martínez, que se hallaba esperándole en la estación.

Ambos compañeros, que se querían como hermanos, se abrazaron y acto continuo encamináronse al domicilio del paciente, en donde celebraron la consulta, quedando de acuerdo y ultimado el móvil del viaje del doctor Marcelo.

Recordando tiempos de la vida estudiantil, encamináronse los dos galenos á la casa de Martínez, el cual invitó á su colega para hacerle una importante revelación.

Encerrados y solos los dos en el despacho de Martínez, éste, con todos los preparativos y reticencias propias del grave asunto que iba á revelar, aseguró al doctor Marcelo que su esposa le era infiel y que quizás en aquel instante su Amparo, que no le



esperaba hasta el siguiente día, hallaríase en brazos de su amante.

Marcelo oyó la revelación de su deshonra, sin darla crédito; sus manos se crisparon y hubiéralo pasado mal su compañero delator, si éste no hubiera jurado solemnemente la veracidad de su denuncia, mostrando á la par, al pobre Marcelo, una amorosa carta dirigida por la adúltera al amante.

Al reconocer Marcelo en aquella carta la letra de su mujer, al ver la prueba plena, no replicó; y loco, delirante, exaltado, como movido por una descarga eléctrica, salió del despacho de su amigo, bajó de un salto la escalera de la casa, llegó al patio, se apoderó de la bicicleta suya que allí tenía Martínez y sin proferir palabra alguna y sin despedirse de nadie, montó súbitamente sobre la má-

quina, dió impulso á los pedales y desapareció como una exhalación por el empolvado camino que desde la casa de Martínez, conducía á la estación de la vía férrea.

\*  
\* \*

Noche clara y serena era aquella del caliginoso Agosto: la luna rielaba sobre los carriles de la vía y esbozaba la informe figura de Marcelo, que á lomos de su bicicleta volaba, más bien que caminaba, cual negro fantasma alado, vía adelante en dirección de su pueblo.

Recorrió los ochenta kilómetros con espantosa rapidéz, y á las dos de la madrugada Marcelo abrió cautelosamente la puerta de su casa. Dirigióse frenético á la habitación de su esposa, forcejeó buen rato con la puerta

que se hallaba cerrada por dentro y cuando logró saltar la cerradura y penetrar en aquel aposento, la indiscreta luz de la luna esbozó ante su vista la silueta de un hombre que huía por la ventana del dormitorio, mientras Amparo, la mujer adúltera, se arrodillaba ante su esposo implorando perdón.

Marcelo quedó petrificado. Sus ojos acababan de ver claramente su deshonra: aquella impresión paralizó sus músculos y sus nervios, y parecía esfinge inerte, más bien que sér humano. Repúsose, empero, arrojóse furiosamente sobre su mesita de noche, sacó del cajón su rewólver, montó el gatillo, apuntó á la cabeza de su esposa, y... como si hubiera sido acometido por un acceso de locura instantáneo, dejó caer el arma de sus manos, lanzó una estridente carcaja-

da y cayó desplomado sobre el pavimento.

\*  
\* \*

Al día siguiente, con una tranquilidad estóica y una calma glacial, hallábase el doctor Marcelo en Madrid en casa de los padres de su esposa, á quien dejó allí, juntamente con algunas pruebas del consumado adulterio.

Cuando el doctor Marcelo salía de aquella casa, encontróse á un amigo que le interrogó.

Vengo de... enterrar á la que fué mi esposa.

\*  
\* \*

Con el cariño de los autores de sus días: bien pronto olvidó Marcelo sus

dolores y sus penas: sacudió de su sér el peso de su deshonra, y se estableció en la corte, sin acordarse ya del hecho y sin que en su pecho sintiese ni el más leve rencor, ni el más insignificante odio por la mujer que llevó su apellido, prueba inequívoca del desprecio é indiferencia que le producía el recuerdo de sus pasadas desdichas.

Marcelo era muy apreciado por su buen comportamiento y su fortuna profesional, y no tardó mucho en ingresar en uno de los hospitales de la corte, como médico de guardia.

Así pasó mucho tiempo, tenía una buena clientela, asistía al hospital y á su casa acudían en consulta muchos enfermos, que veían con cierta curiosidad en el despacho del doctor, y encerrado en lujosa vitrina de cristal, la bicicleta de que Marcelo se sirvió

aquella noche plácida de Agosto, para cerciorarse de su deshonra.

\*  
\* \*

Una mañana estaba el doctor Marcelo de guardia en el hospital; la campana de la galería anunció que eran necesarios los auxilios de la ciencia á algún enfermo grave del establecimiento. Marcelo, acompañado de los practicantes de guardia, subió á una de las salas de las guardiillas; allí en una cama, en el número 3, una mujer agonizaba presa de espantosa disnea: el doctor miró el rostro de aquella mujer; ella, exaltada al reconocer al doctor, cogió una de sus manos é imploró perdón.

Marcelo desasíó bruscamente su mano de la de aquella mujer, lanzó una sonora carcajada y contestó:

—Mi perdón, jamás. Ya estoy vengado: y se alejó del lecho con increíble tranquilidad.

Dos horas después, en medio del mayor regocijo y con la sonrisa mal reprimida en sus labios, el doctor Marcelo firmaba el certificado de defunción de Amparo, de su esposa, que murió en la mayor miseria en el hospital.

Aquella misma tarde el doctor Marcelo, que había invitado á varios amigos ciclistas á una gira campestre, marchó al Pardo á lomos de su bicicleta, la de la vitrina, la cual no había vuelto á usar desde aquella noche plácida del mes de Agosto.

Al destaparse el champagne, sus amigos, comensales, le preguntaron con extrañeza:

—Oye Marcelo, ¿con qué motivo nos dás esta comida?

Y Marcelo, radiante de júbilo, les contestó:

—Pues esta comida es en conmemoración de la reivindicación de mi honra.





## SUMARIO

---

|                                           | <u>Páginas</u> |
|-------------------------------------------|----------------|
| Dedicatoria . . . . .                     | 5              |
| Prólogo . . . . .                         | 7              |
| El Noveno Mandamiento . . . . .           | 9              |
| El sentido del olfato . . . . .           | 29             |
| El rapto de la Sabina . . . . .           | 37             |
| La excursión de Cayetano . . . . .        | 49             |
| La bicicleta y el amor . . . . .          | 59             |
| La agudeza de Canuto . . . . .            | 71             |
| La sorpresa . . . . .                     | 77             |
| Un tío en Alcalá . . . . .                | 87             |
| La Nochebuena de Carvajal . . . . .       | 95             |
| La bicicleta del doctor Marcelo . . . . . | 113            |





## OBRAS Y TRABAJOS

PUBLICADOS POR

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ



*Estudio médico de la difteria y su tratamiento más eficaz.*—Obra adquirida por la Diputación provincial de Badajoz.—Un tomo en 4.º de 92 páginas, 2 pesetas.

*Usos y aplicaciones terapéuticas del cloral.*—Publicado en el «Diario Médico-Farmacéutico».

*Higiene popular.*—Colección de 44 artículos publicados en el diario científico, literario y político «El Mundo.»

*El histerismo.*—Estudio psico-físico, publicado en la «Revista Ilustrada».

*Nota clínica de un caso de difteria grave.*—Publicado en «El Siglo Médico».

*Empleo del sublimado corrosivo.*—Publicado en «La Correspondencia Médica».

*Tratamiento eficaz del paludismo rebelde.*—Publicado en «Las Noticias Médicas».

*Terapéutica de los traumatismos.*—Publicado en «El Progreso Médico-Farmacéutico».

*Retazos médicos.*—Obra adquirida por la Diputación provincial de Badajoz.—Un tomo en 4.º, de 60 páginas, 1 peseta.

*Higiene de la infancia.*—Consejos á las madres de familia.—Obra premiada en la Exposición regional extremeña.—Un tomo en 4.º, de 87 páginas, 1 peseta 50 céntimos.

*Retazos higiénicos.*—Colección de

artículos de higiene social y privada que vienen viendo la luz pública en «La Correspondencia de España» desde el año 1892.

*Boceto crítico del Teatro Moderno.*—Un tomo en 4.º, de 70 páginas, una peseta.

*Las enfermedades infecciosas.*—Preceptos, consejos y reglas higiénicas que el individuo debe practicar para prevenir la invasión de la difteria, viruela, tifus y cólera asiático.—Un tomo en 8.º, 1 peseta.

*Higiene velocipedica.*—Preceptos, consejos y reglas higiénicas que debe practicar el que monte en velocípedo.—(Primer tomo de la Biblioteca de «El Veloz-Sport».)—Un tomo en 4.º mayor, de 68 páginas, 2 pesetas.

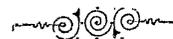
*Artículos de medicina, higiene, literatura, crítica y velocipedismo.*—Publicados en «La Correspondencia

de España», «La Correspondencia Militar», «La Correspondencia Alicantina», «La Correspondencia Médica», «La Opinión», «Heraldo de Madrid», «El Resumen», «La Justicia», «La Patria», «La Crónica», «La Ilustración», «La Última Moda», «La Revista Ilustrada», «Barcelona Cómica», «Madrid Cómico», «Madrid Chismoso», «La Revista Madrileña», «La Saeta», «El Veloz-Sport», «Diario de Badajoz», «El Eco de Extremadura», «Correo de Andalucía», «La Voz de Guipúzcoa», «El Faro de Vigo», «El Demócrata», «Los Debates», «Diario de Albacete», «La Provincia» de Ciudad Real, «El Manchego» de Ciudad Real, etc., etc.



Los libros enumerados se encuentran de venta en todas las librerías

de España. Los pedidos deben dirigirse al Administrador de las obras del Doctor Corral y Mairá, que lo es D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, número 2, librería, Madrid.



# La Correspondencia Alicantina

DIARIO DE LA TARDE

INDEPENDIENTE, DE NOTICIAS Y ANUNCIOS

SEXTO AÑO DE SU PUBLICACIÓN

---

Hace dos ediciones

Oficinas: Castaños, 20

---

Es el periódico de mayor circulación de la provincia de Alicante.

Tiene corresponsales, activos é inteligentes, en todos los pueblos y en las principales capitales de España.

Publica novelas de los mejores autores de Europa.

Biografías de hombres célebres.

Extensa información telegráfica de los asuntos más culminantes de España y del extranjero, á cargo de la reputada Agencia Mencheta.

Notas ciclistas, dando cuenta de todo lo que se relaciona en dicho sport.

Carta diaria de Madrid con las últimas impresiones del día.

Notables artículos escritos por distinguidos literatos, é ilustrados por nuestros mejores dibujantes.

Revistas de salones, teatrales y de toros.

LA CORRESPONDENCIA ALICANTINA

---

Suplementos ilustrados que se reparten los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Modas.

También ofrece á sus suscriptores el «Eco de la Moda», excelente periódico para señoras, que se publica en París, Madrid y Alicante, y regala en cada número figurines cortados.

Esta Empresa, también admite suscripciones al «Panorama Nacional», magnífica colección de hermosas fotografías de los principales monumentos y vistas panorámicas de todo lo más importante de España.



UNIVERSIDAD DE GRANADA  
Biblioteca Universitaria  
\*00887597\*  
FAC. CIENCIAS DE LA EDUCAC()